

NNEDI  OKORAFOR

GUERRERA AKATA

Traducción del inglés

Carla Bataller Estruch

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Akata Warrior*

Copyright de la obra y los dibujos: © Nnedi Okorafor, 2017

Akata Witch Series: Akata Warrior (Book 2) - © 2017 by Nnedi Okorafor
All rights reserved including the rights of reproduction whole
or in part in any form.

© de la traducción: Carla Bataller Estruch, 2021

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

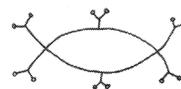
Primera edición en Nocturna: enero de 2021

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Estugraf

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-95-1
Depósito Legal: M-29942-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Dedicado a todas las historias que siempre andan detrás de mí. Os veo.



NSIBIDI PARA «AMOR»

ONYE NA-AGU EDEMEDE A MURU AKO:

ÁNDATE CON CUIDADO, LECTOR

Saludos desde el colectivo de la biblioteca Obi del Departamento de Responsabilidad de Golpe Leopardo. Somos una organización muy ocupada con cosas más importantes que esta tarea. Sin embargo, hemos recibido la orden de escribirte esta breve carta de información. Es necesario que comprendas en qué te estás metiendo antes de empezar a leer este libro. Si ya lo sabes, entonces puedes ignorar este aviso y saltar directamente a la continuación de la historia de Sunny en el primer capítulo.

Bien, empecemos.

Ándate con cuidado, lector, porque este libro contiene juju.

«Juju» es como a las personas de África occidental nos gusta llamar la magia, el misticismo manipulable o los encantos encantadores. Es salvaje, enigmático y está vivo e interesado en ti. Siempre resulta imposible definir qué es juju. No cabe duda de que incluye todas las fuerzas engañosas e incomprensibles arrancadas de las fuentes más profundas de la naturaleza y el espíritu. Hay control, pero nunca es absoluto. No te tomes a la ligera el juju, a menos que busques una muerte inesperada.

Los jujus hacen piruetas en estas páginas, como motas de polvo en una tormenta de arena. Nos da igual si tienes miedo. Nos da igual si crees que este libro te traerá buena suerte. Nos da igual si eres un intruso. Lo único que nos importa es que leas este aviso y, por tanto, que estés avisado. De este modo, no podrás culpar a nadie, excepto a ti mismo, si disfrutas de esta historia.

Veamos: esta chica, Sunny Nwazue, vive en el sudeste de Nigeria (considerado territorio igbo), en un pueblo no muy lejos de la próspera ciudad de Aba. Sunny tiene ahora unos trece años y medio, pertenece al grupo étnico igbo y es «naija-estadounidense» (que significa «nigeriano-estadounidense», es decir, nació en Estados Unidos de padres nigerianos; aunque esto lo podrías haber consultado en internet). Sus dos hermanos mayores, Chukwu y Ugonna, nacieron en Nigeria. Sunny, en cambio, nació en la ciudad de Nueva York. Su familia y ella vivieron allí hasta que cumplió nueve años y luego se mudaron a Nigeria otra vez. Esto quiere decir que habla igbo con acento estadounidense y dice «balompié» en vez de «fútbol». También quiere decir que a veces tiene que aguantar que sus compañeros de clase la llamen *akata* cuando quieren molestarla.

Akata es una palabra que algunos nigerianos usamos para referirnos y, con mucha frecuencia, degradar a los estadounidenses negros o que han nacido en el extranjero. Algunos dicen que significa «animal de los arbustos», otros que es «recolector de algodón», otros que quiere decir «animal salvaje» o «zorro»... No se ponen de acuerdo. Sea cual sea su significado, no es una palabra bonita. Pregúntale a cualquiera que haya recibido este apelativo por parte de un nigeriano arguyendo los motivos por los que los nigerianos llaman a otra gente *akata* y verás que nadie disfruta de esa experiencia.

Oh, y resulta que Sunny también tiene albinismo (un trastorno genético que reduce la cantidad del pigmento melánico de la piel, el cabello y/o los ojos), y por eso no está del todo aquí ni del todo allá.

Debes saber de antemano, lector, que hace año y medio Sunny Nwazue asumió por fin su auténtica identidad y la introdujeron oficialmente en la sociedad leopardo local. Para mayor claridad, citamos el manual básico *Compendio de hechos para sujetos independientes*, de Isong Abong Effiong Isong:

A la gente leopardo se la conoce por muchos nombres en todo el mundo. El término «persona leopardo» se acuñó en África occidental, derivado del término efik «*ekpe*», «leopardo». Todas las personas con una habilidad mística auténtica son leopardos.

Las personas leopardo recibimos muchos otros nombres en muchos otros idiomas. Una característica esencial de alguien leopardo es que uno de tus mayores «defectos» naturales o tu singularidad es la clave de tu poder. Para Sunny fue su albinismo. Está aprendiendo poco a poco qué significa esto. Además, al ser una persona leopardo, tienes un rostro espiritual; este es tu rostro más auténtico, el que siempre tendrás. Y revelarlo delante de los demás es como trotar por ahí en cueros. Asimismo, Sunny se está acostumbrando despacio a la existencia, intimidad y poder de su cara espiritual, cuyo nombre es Anyanwu.

El año pasado, Sunny descubrió que es un sujeto independiente, ya que la línea leopardo se había saltado una generación. Los sujetos independientes no tienen padres que les enseñen quiénes son al nacer. Un sujeto independiente no sabe nada sobre la sociedad leopardo ni sobre otras personas leopardo, conocimientos sobre juju y el mundo místico, ni tampoco han estado expuestos a lugares místicos

como Golpe Leopardo. Se acaban de dar cuenta de su condición de leopardo y saben que el caos ha estallado en su mundo.

Sunny descubrió que era leopardo a los doce años. Su misteriosa abuela por parte de madre era la persona leopardo en su familia y, si no hubiera muerto a manos del alumno de quien era mentora, habría presentado a Sunny al mundo leopardo como es debido.

Debes saber, lector, que el mundo de Sunny ahora está lleno de gente mística y también de seres que sólo las personas leopardo pueden ver, como mascaradas, *tungwas*, almas de los arbustos, saltamontes fantasma y demás. Esto es particularmente cierto en el refugio para la sociedad leopardo local llamado Golpe Leopardo, un terreno aislado conjurado por los antepasados y rodeado por un caudaloso río donde habita un monstruo acuático astuto y vengativo. La entrada a este lugar consiste en un puente tan estrecho como un viejo poste telefónico que atraviesa el río.

Entiende que, para apreciar este libro, debes saber qué es y qué no es una mascarada. Las mascaradas no son hombres vestidos con elaboradas máscaras y disfraces de rafia, tela, cuentas y esas cosas. He aquí una cita sobre estas criaturas extraída del libro *Compendio de hechos para sujetos independientes*, de Isong Abong Effiong Isong:

Fantasmas, brujas, demonios, cambiaformas y mascaradas: todo real. Y las mascaradas siempre son peligrosas. Pueden matar, robarte el alma, arrebatarte la mente, quitarte tu pasado, reescribir tu futuro e incluso causar el fin del mundo. Como sujeto independiente, no te relacionarás con las mascaradas auténticas si no quieres enfrentarte a una muerte segura. Si eres inteligente, dejarás las mascaradas de verdad a quienes saben qué hacer con los juju.

Las mascaradas cobran muchas formas: pueden ser del tamaño de una casa o de un abejorro. Hasta pueden ser invisibles. Pueden ser una sábana polvorienta sobre un montón de polillas o parecer un túmulo de hierba seca; pueden tomar la forma de una sombra dando vueltas o tener muchas cabezas de madera. Nunca lo sabrás hasta que lo sepas.

Ten en cuenta, por favor, que cuando la autora del libro citado arriba, Isong Abong Effiong Isong, era adolescente, acosó demasiadas veces a una Mmuo Ifuru (mascarada de flores) que vivía en su jardín. Esa mascarada pasó a convertir la vida de Isong en un infierno durante tres años, y el prejuicio de Isong contra ellas se refleja en su libro. No todas las mascaradas son seres enfadados, perversos, malignos o peligrosos. Muchas son bastante amables y hermosas; algunas no son nada de esto, no quieren relacionarse con seres vivos, etc.

Debes saber, lector, que cuanto más aprenda Sunny a leer ese libro de nsibidi que compró el año pasado, más verá. El nsibidi es un alfabeto del sudoeste de Nigeria. Hay que leer nsibidi con mucho cuidado y habilidad; las palabras en nsibidi leídas sin la debida atención pueden conducir a la muerte. Sé consciente de que, a medida que leas sobre Sunny, tu mundo puede cambiar, expandirse, aclararse y adquirir más vida. No es necesario mirar debajo de la cama cada noche, pero puede que quieras asegurarte de que todos los libros de tu habitación son libros de verdad.

Ándate con cuidado, lector, porque esta jovencita, Sunny, tiene amigos que también practican juju. Y cuando los cuatro se juntan, pueden salvar o destruir el mundo. Chichi es la chica que vive con su madre en la pequeña cabaña en medio de casas grandes y modernas,

pese a pertenecer a la realeza por parte de madre y a tener un padre ausente que es un cantante famoso de *highlife* y *afrobeat*. Chichi podría tener más años o menos que Sunny; ¿quién sabe, a quién le importa? Puede que Chichi sea baja de estatura, pero su boca y su fuerte voluntad rivalizan con las de la mujer más próspera del mercado. La memoria fotográfica de Chichi y su intensa inquietud son las claves de su talento personal.

Orlu, que tiene casi quince años, es su vecino; Sunny no habló con él hasta que su destino floreció. Orlu es tranquilo y posee un temperamento equilibrado; cualidades que Sunny aprecia en un chico. La dislexia de Orlu lo guio hasta su asombrosa habilidad para deshacer por instinto cualquier juju que se encuentre. El mejor modo de saber si hay problemas mágicos es observando las manos de Orlu.

Sasha, de quince años, es del Estados Unidos negro; del South Side de Chicago, para ser exactos. Sus padres lo enviaron a Naija (jerga para «Nigeria») por sus problemas con la autoridad, en concreto con la autoridad en forma de policía. Es como Chichi: rápido, hiperinteligente y lo recuerda todo como un ordenador. Es problemático en el mundo borrego (no mágico), pero en el mundo leopardo tiene un don maravilloso.

Debes entender, lector, que poco después de entrar en la sociedad leopardo, Sunny, Orlu, Chichi y Sasha tuvieron que enfrentarse a un maligno asesino ritual llamado Sombrero Negro Otokoto, quien tenía la intención de traer a Ekwensu, la mascarada más poderosa, fea y malvada, al mundo material. Como los cuatro siguen vivos, se puede suponer que las cosas no salieron del todo mal en su encuentro. Por último, Lechezúcar, la bibliotecaria jefe de la biblioteca Obi (el punto central de la sociedad leopardo) ha accedido, para alegría de Sunny, a ser su mentora al fin.

La única pretensión de este libro es la de procurar contar la historia de las posteriores idas y venidas de este sujeto independiente llamado Sunny Nwazue.

Atentamente,

*El colectivo de la biblioteca Obi
del Departamento de Responsabilidad de Golpe Leopardo*

1

PIMIENTOS CONTAMINADOS

Era una estupidez salir de noche en esa zona, sobre todo con los sueños perturbadores que Sunny tenía últimamente. Sueños que, según sospechaba, no eran sueños en absoluto. Sin embargo, su mentora Lechezúcar la había retado, y Sunny quería demostrarle que se equivocaba.

Sunny y Lechezúcar se habían enzarzado en una de sus discusiones acaloradas, en esa ocasión sobre las chicas estadounidenses modernas y, en general, sobre su poca maña en la cocina. La anciana torcida había mirado con condescendencia a Sunny, riéndose.

—Estás tan americanizada que me apuesto lo que quieras a que no sabes preparar sopa de pimiento picante —dijo.

—Sí, sí que puedo, ma —insistió Sunny, molesta e insultada. No era tan complicado preparar sopa de pimiento.

—Ah, claro, pero eres una persona leopardo, ¿no? Pues tienes que hacer la sopa con pimientos contaminados y no con esos debiluchos que los borregos trituran y usan.

Sunny había leído la receta para la sopa de pimiento contaminado en su *Compendio de hechos para sujetos independientes*, pero de verdad, en serio, de veras, no podía cumplir el desafío de Lechezúcar. Al preparar sopa de pimiento contaminado, si cometías un error

minúsculo (como usar sal de mesa en vez de sal marina), las consecuencias podrían ser aterradoras, como que la sopa se envenenara o explotara. Eso había disuadido a Sunny de intentar prepararla.

Aun así, no pensaba admitir su incapacidad para hacerla. No ante Lechezúcar, a quien había tenido que demostrar su valía derrotando a uno de los criminales más poderosos que la comunidad leopardo había conocido en siglos. Sunny sólo era un sujeto independiente, una persona leopardo criada entre borregos y, por tanto, desconocía muchas cosas. Aun así, su chi, que se manifestaba como su rostro espiritual, era Anyanwu, alguien genial en la vasta selva. Pero, en serio, ¿qué más daba si había sido una tipa dura en el mundo espiritual? Ahora era ahora, y ella era Sunny Nwazue. Aún tenía que demostrar a la bibliotecaria jefe que era digna de tenerla como mentora.

Así pues, Sunny había salido de los terrenos de la biblioteca Obi, pese a que ya era pasada la medianoche, para recoger tres pimientos contaminados del pimental que había al final del camino. Lechezúcar había puesto los ojos en blanco y luego le prometió que tendría los otros ingredientes de la sopa en su mesa para cuando Sunny volviera. Hasta carne de cabra recién cortada.

Sunny dejó su bolso y las gafas allí. Le complacía sobre todo dejar las gafas. Estaban hechas de un plástico verde ligero como una pluma, pero aún no se había acostumbrado a ellas. Durante el último año, aunque su sensibilidad a la luz había disminuido por ser una persona leopardo, su vista no había cambiado. Siempre la había tenido mejor que la mayoría de personas albinas, pero eso no quería decir que fuera perfecta.

Después de la revisión del mes anterior, su oftalmólogo había dicho al fin lo que Sunny sabía que acabaría diciendo en algún mo-

mento: «Vamos a ponerte gafas». Eran del tipo que se oscurecen con la luz del sol, y Sunny las odiaba. Le gustaba ver la luz del sol de verdad, aunque le lastimara los ojos. Aun así, últimamente la incapacidad de sus ojos a la hora de dejar pasar la luz solar diluía tanto el mundo que apenas podía percibir los detalles. Hasta había intentado llevar una gorra de béisbol durante una semana, con la esperanza de que la visera le hiciera sombra en los ojos. Como no sirvió de nada, tocaba ponerse gafas. Pero, siempre que podía, se las quitaba. Y esa era la mejor parte de la noche.

—Espero que le cueste encontrar carne de cabra a estas horas —musitó Sunny mientras se precipitaba por la entrada de la biblioteca Obi hacia la estrecha carretera de tierra.

No había pasado ni un minuto cuando sintió la picadura de un mosquito en el tobillo.

—Oh, venga ya —murmuró. Caminó más deprisa. La noche era cálida y empalagosa, una compañera perfecta para su humor de perros. Era la temporada de lluvias y las nubes habían soltado el equivalente a una hora de lluvia el día interior. La tierra se había expandido y los árboles y las plantas respiraban. Los insectos zumbaban con emoción y Sunny oyó el gorjeo de unos murciélagos pequeños mientras se atiborraban de bichos. En dirección contraria, hacia la entrada de Golpe Leopardo, el comercio estaba en pleno apogeo. Era la hora en la que se desarrollaban tanto las transacciones más discretas como las más escandalosas. Hasta desde donde estaba podía oír unas cuantas de estas últimas, incluidos dos hombres igbo que discutían en voz alta las limitaciones y el precio excesivo de los hechizos de suerte.

Sunny aceleró el paso. Cuanto antes llegara al pimental donde crecían los pimientos contaminados silvestres, antes podría regresar a la biblioteca Obi y demostrarle a Lechezúcar que, en efecto, no

tenía ni idea de cómo preparar sopa de pimiento contaminado, uno de los platos más típicos del pueblo leopardo en Nigeria.

Suspiró. Había ido a ese pimental varias veces con Chichi a recoger pimientos. Allí crecían silvestres y no eran tan concentrados como los que vendían en los puestos de verduras y en las tiendas de Golpe Leopardo, pero a Sunny le gustaba que sus papilas gustativas funcionaran, muchas gracias. Chichi siempre preparaba la sopa y a ella también le gustaba suave. Además, allí los pimientos contaminados no costaban nada y podías recogerlos a cualquier hora, de día o de noche.

En esa época del año, los pimientos estaban gordos, o eso decían Orlu y Chichi. Sunny había descubierto la existencia de Golpe Leopardo hacía tan sólo un año y medio. No era tiempo suficiente para conocer los hábitos de los pimientos contaminados silvestres que crecían cerca de los campos de flores que se usaban para hacer polvos juju. Como Chichi y Orlu se habían pasado la vida yendo a Golpe Leopardo, Sunny estaba dispuesta a creerles. A los pimientos les encanta el calor y el sol y, a pesar de las recientes lluvias, había mucha cantidad de ambos.

Cuando llegó al pimental, recogió dos pimientos rojos hermosos y los guardó en su cesta resistente al calor. El huertecito brillaba como una pequeña galaxia. El destello verde y amarillo de las luciérnagas era como naves extraterrestres esporádicas. Más allá de los pimientos brillantes había un campo de flores púrpura con el centro blanco, que se recogerían, secarían y machacarían para confeccionar muchos tipos de polvos juju habituales. Sunny admiró el paisaje nocturno.

Estaba prestando atención; hasta se fijó en la *tungwa* que flotaba perezosa a unos metros de distancia, justo por encima de unas flores. Redonda y grande como una pelota de baloncesto, su fina piel marrón rozaba la parte superior de una flor.

—Qué cosa más ridícula —musitó cuando la *tungwa* explotó con un suave pop y derramó en silencio mechones de pelo negro, trozos de carne cruda, dientes y huesos blancos sobre los pimientos. Sunny se arrodilló para buscar el tercer pimiento que quería recoger. Dos minutos después, alzó la mirada de nuevo. Lo único que pudo hacer fue parpadear y mirar—. Pero... ¿qué... demonios? —susurró.

Agarró con fuerza la cesta de pimientos contaminados. Tenía el mal presentimiento de que necesitaría todos los sentidos en ese momento. Estaba aturdida por la intensidad de su desconcierto... y de su miedo.

—¿Estoy soñando?

Donde antes estaba el campo de flores púrpura, ahora había un lago. Sus aguas estaban tranquilas y reflejaban la reluciente media luna como un espejo. ¿Desprendían los pimientos algún vapor que causaba alucinaciones? No le extrañaría nada. Cuando estaban demasiado maduros, emitían un ligero humo y a veces hasta crepitan. Pero, además de ver el lago, lo estaba oliendo: olía a selva, a mar, a mojado. Hasta podía oír el croar de las ranas.

Sunny se planteó dar media vuelta y correr hasta la biblioteca Obi. «Lo mejor es fingir que no has visto nada», la avisó una vocecita en su cabeza. «¡Vuelve!». En Golpe Leopardo, si eres una niña que se tropieza con alguna cosa rara inexplicable, a menudo lo más sensato es hacer la vista gorda y alejarse.

Además, tenía que pensar en sus padres. Era sábado por la noche y no estaba en casa, sino en Golpe Leopardo, un lugar que la gente no leopardo como sus padres tenía prohibido conocer y mucho menos pisar. Sus padres no podían saber nada relacionado con el mundo leopardo. Lo único que sabían era que Sunny no estaba en casa y que aquello se debía a algo parecido a lo que la madre de la madre de Sunny solía hacer cuando vivía.

Su madre seguramente estaría muerta de preocupación, pero no le preguntaría nada al volver a casa. Y su padre le abriría la puerta enfadado y luego regresaría en silencio a su habitación, donde, al fin, también podría dormir. A pesar de la tensión entre sus padres y ella, les prometió mentalmente que permanecería sana y salva.

Pero los sueños de Sunny habían sido una locura últimamente. Si empezaba a soñar estando despierta y de pie, sería un nuevo problema. Debía asegurarse de que no era eso. Sacó la llave de su casa y encendió la linterna diminuta que llevaba en el llavero. Se arrastró hasta el borde del lago para verlo mejor, apartando plantas mojadas, tupidas y verdes que no eran ni pimientos contaminados ni flores púrpura. La tierra permaneció seca hasta que alcanzó la orilla del agua, donde estaba esponjosa y encharcada.

Agarró una piedrecita y la tiró. Plonc. El agua parecía profunda. Unos dos metros, al menos. Enfocó su diminuta luz débil hacia allí justo a tiempo de ver cómo un tentáculo salía disparado e intentaba enrollarse en su pierna. Falló y acabó agarrando y arrancando unas plantas altas. Sunny gritó y se alejó a trompicones del agua, de donde salieron más tentáculos grandes y blandos a toda velocidad.

Sunny se dio la vuelta y huyó; se las apañó para dar siete zancadas antes de tropezar con una cepa y caer sobre unas flores, a unos metros del lago. Miró hacia atrás, aliviada por estar a una distancia segura de la cosa del lago. Se estremeció y se levantó con dificultad, horrorizada. No se lo podía creer. Pero no creerlo no lo hacía menos cierto. El lago estaba ahora a menos de un metro de ella: sus aguas se acercaban arrastrándose a cada segundo que pasaba. Se movía rápido, como una ola en el océano. La tierra, las flores: todo se hundía en silencio a su paso.

Los tentáculos se deslizaron alrededor de su tobillo derecho antes de que pudiera alejarse. Le tiraron del pie justo cuando dos y hasta

tres tentáculos más se enrollaron en su tobillo izquierdo, su torso y muslo. La hierba se incrustó en los vaqueros y la camiseta de Sunny y luego en la piel de su espalda cuando los tentáculos la arrastraron hacia el agua. No se le daba bien nadar. Cuando era niña, nadar siempre era algo que se hacía bajo el sol, así que lo evitaba. Ahora era de noche, pero definitivamente no quería nadar.

Golpeó y se retorció, luchando contra el horror; el pánico no la llevaría a ninguna parte. Esa era una de las primeras cosas que le había enseñado Lechezúcar el primer día de clase. Lechezúcar. Se estaría preguntando dónde andaría Sunny. Casi había llegado al agua.

De repente, uno de los tentáculos la soltó. Y luego otro. Y otro. Era... libre. Salió del agua con dificultad, sintiendo el amasijo de barro, hojas y flores húmedas debajo de ella. Observó el agua, mareada a causa del miedo alimentado por la adrenalina. Durante un momento, vio de un modo extraño, a través de dos pares de ojos, los de su rostro espiritual y los de su cara mortal. A través de ellos vio, a la vez, el agua y algo más. Se le revolvió el estómago ante la visión doble. Se agarró la barriga y parpadeó repetidas veces.

—Pero estoy bien, estoy bien —susurró.

Cuando volvió a mirar, una mujer de piel negra con unas rastas tupidas y muy muy largas flotaba en la superficie del lago a la luz de la luna. Soltó una carcajada gutural y se zambulló de nuevo en las profundidades. «Tiene una aleta», pensó Sunny.

—Los monstruos del lago son reales y Mami Wata es real. —Se rio.

Se apoyó en los codos un momento, cerró los ojos y respiró hondo. Orlu conocería al monstruo de lago; seguramente sabría hasta el último detalle sobre él, desde su nombre científico hasta su sistema de apareamiento. Rio un poco más. Luego se quedó quieta porque se produjo un fuerte chapoteo a su espalda. La tierra bajo ella

se estaba humedeciendo por momentos. Sunny se atrevió a echar un vistazo.

Agitándose en el agua había una bola de tentáculos que colmaba el lago. Emergió la parte superior de una cabeza bulbosa y mojada. ¡Un pulpo! Un pulpo enorme. El animal echó la cabeza hacia atrás y reveló un recio pico del tamaño de un coche. El monstruo lo cerró y abrió con fuerza varias veces y profirió un ruido sordo que resultó más aterrador que un rugido.

La mujer flotaba entre el monstruo y ella, de espaldas a Sunny. El monstruo se quedó quieto, pero aún la miraba. Sunny se levantó de un salto, se dio la vuelta y echó a correr. Oyó el batir de unas alas y alzó la cabeza justo a tiempo de ver cómo una enorme silueta oscura y alada pasaba volando sobre su cabeza.

—¿Cómo? —jadeó—. ¿Ese es...?

Pero tuvo que guardar energías para correr. Alcanzó la carretera de tierra y, sin mirar atrás o arriba, siguió corriendo.

La sopa de pimiento picante olía como el néctar de la vida. Fuerte. También llevaba pescado. ¿Caballa? La habitación estaba caldeada. Sunny seguía viva. El repiqueteo de la lluvia de fuera se oía por la ventana. El sonido la desveló. Abrió los ojos ante cientos de máscaras ceremoniales colgadas de la pared: algunas sonreían, otras mostraban una mueca gruñona, unas cuantas tenían la mirada fija. Ojos grandes, ojos protuberantes, ojos rasgados. Dioses y espíritus de muchos colores, formas y actitudes. Lechezúcar le había dicho que cerrara el pico y permaneciera sentada diez minutos. Sunny se había quedado dormida cuando Lechezúcar salió de su despacho para «ir a por unas cosas».

Ahora la anciana estaba arrodillada a su lado con un cuenco lleno de algo que Sunny supuso que sería sopa de pimiento picante. La mujer se encorbaba hacia delante; con su columna torcida, le resultaba difícil arrodillarse.

—Como lo has pasado tan mal recogiendo los pimientos, he ido a comprarlos —dijo la mujer. Se levantó despacio, satisfecha—. Me he encontrado con Miknikstic de camino al mercado nocturno.

—¿Estaba..., estaba allí?

«Así que era él quien ha pasado volando», pensó Sunny.

—Enderézate —le indicó Lechezúcar.

Le dio el cuenco de sopa. Sunny empezó a comer y la sopa le calentó el cuerpo de un modo agradable. Había estado tumbada en una esterilla. Examinó el suelo en busca de las minúsculas arañas rojas que Lechezúcar siempre tenía merodeando por su despacho. Detectó una a pocos centímetros de distancia y se estremeció. Pero no se puso en pie. Lechezúcar decía que las arañas eran venenosas, pero que si no las molestaba, ellas no te molestarían. Tampoco se tomaban demasiado bien que fuera maleducada, de modo que tenía prohibido apartarse de ellas enseguida.

—Había un lago —explicó Sunny—. Donde crecen los pimientos contaminados y las flores púrpura. Sé que parece una locura, pero...

Se tocó el pelo y frunció el ceño. Lucía una media melena afro y había algo enredado en ella. Un pensamiento irracional le dijo que era una araña roja gigante y todo su cuerpo se tensó.

—Estás bien —le aseguró Lechezúcar con un gesto de la mano—. Has conocido a la bestia del lago, prima de la bestia del río. Aunque no sé por qué quería comerte.

Sunny se sentía mareada, ya que su atención se dividía entre intentar averiguar qué tenía en la cabeza y procesar el hecho de que la bestia del río tenía parientes.

—¿La bestia del río tiene familia? —preguntó.

—¿No la tiene todo el mundo?

Sunny se frotó la cara. La bestia del río vivía debajo del puente estrecho que conducía a Golpe Leopardo. La primera vez que lo había cruzado, la criatura había intentado engañarla para que muriera. Si Sasha no la hubiera agarrado de su collar, la bestia lo habría logrado. La idea de que tuviera familia no la tranquilizaba.

—Y Ogbuide te salvó de ella —prosiguió Lechezúcar.

Sunny parpadeó y alzó la cabeza.

—¿Te refieres a Mami Wata? ¿El espíritu de agua? —preguntó. Las sienas empezaban a palparle. Levantó las manos para tocarse la cabeza, pero las bajó—. Mi madre siempre habla de ella porque de niña le daba miedo que la secuestrara.

—Historias absurdas —dijo Lechezúcar—. Ogbuide no secuestra a nadie. Cuando los borregos no entienden algo o se olvidan de la historia real de las cosas, lo reemplazan con miedo. La cuestión es que aún eres nueva. La mayoría de las personas leopardo saben alejarse cuando ven un lago que no debería estar ahí.

—¿Hay algo en mi cabeza? —susurró Sunny, intentando no soltar el cuenco. Quería preguntar si era una araña, pero no quería molestar a su mentora más de lo que ya lo había hecho por casi morir.

—Es una peineta —dijo Lechezúcar.

Aliviada, Sunny estiró el brazo y la sacó.

—Oooh —canturreó en voz baja—. Qué bonita.

Tenía un aspecto parecido al interior de una concha de ostra, con un brillo rosa azulado iridiscente, pero pesaba y era sólida como el metal. Miró a Lechezúcar en busca de una explicación.

—Te ha salvado —dijo—. Y luego te ha dado un regalo.

A Sunny la había atacado un monstruoso pulpo que rondaba por ahí usando un lago gigante igual que una araña usa su telaraña. Luego la había salvado Ogbuide, la célebre deidad del agua. Y luego había visto volar a Míknikstic, un campeón de la final de lucha libre de Zuma que había muerto en combate y se había convertido en ángel guardián. Sunny estaba sin palabras.

—Guárdala bien —dijo Lechezúcar—. Y, si yo fuera tú, no me cortarías el pelo en mucho tiempo. Es probable que Ogbuide quiera que tengas una buena melena para sujetar esa peineta. Compra también algo bonito y brillante y ve a un lago o un estanque de verdad o a la playa y títalo. Ella lo encontrará.

Sunny se acabó la sopa de pimienta. Luego aguantó otros treinta minutos más de Lechezúcar sermoneándola sobre cómo ser una chica leopardo más cauta. Cuando su mentora la acompañó fuera, estaba lloviendo y le dio un paraguas negro muy parecido a los que solía usar Sunny hacía poco más de un año.

—¿Podrás cruzar el puente sola?

Sunny se mordió el labio, se paró a pensar y asintió.

—Pasaré deslizándome.

Deslizarse consistía en sumergir su espíritu en la vasta selva (jerga leopardo para «el mundo espiritual») y volver invisible su cuerpo físico. Llegaría a un acuerdo con el aire y luego pasaría zumbando por el puente como una brisa repentina.

La primera oportunidad que tuvo para deslizarse por instinto fue cuando cruzó el puente de Golpe Leopardo por tercera vez con la esperanza de evitar la bestia del río. Gracias a la formación posterior de Lechezúcar, Sunny había perfeccionado tanto esa habilidad que ni siquiera emitía la habitual ráfaga de aire caliente al pasar junto a otras personas. Con la ayuda de polvos juju, todos los leopardos podían

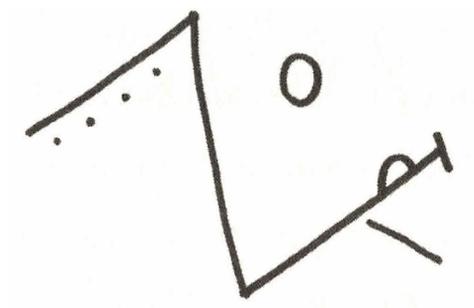
deslizarse, pero la habilidad natural de Sunny le permitía hacerlo sin polvos. Deslizarse como ella lo hacía era adentrarse en parte y peligrosamente en la vasta selva. Sin embargo, Sunny se deslizaba tan a menudo y lo disfrutaba tanto que aquello no le preocupaba.

—¿Tienes dinero para el tren apestoso?

—Sí —respondió Sunny—. No me pasará nada.

—Espero que me prepares una buena cantidad de sopa de pimiento contaminado la semana que viene.

Sunny tuvo que esforzarse para no quejarse en voz alta. A la próxima compraría los pimientos contaminados. Por nada del mundo pensaba volver al pimental que había al final de la carretera. No durante una temporada. Alzó el paraguas por encima de su cabeza y se adentró en la cálida madrugada lluviosa. De camino a casa, vio muchos charcos y un río caudaloso, pero por suerte no se topó con ningún lago.



«NSIBIDI PARA «NSIBIDI»

Este libro nunca será un superventas. El idioma en el que está escrito es muy similar al empleado en el ámbito académico más elevado. Es, por definición, egoístamente exclusivo. Es autocomplaciente. Esta es la naturaleza de cualquier obra escrita en el místico alfabeto basado en juju conocido como nsibidi.

Puedes oírme. Eres especial. Perteneces a este grupo exclusivo. Puedes hacer algo que la gran mayoría de personas leopardo no puede. Así pues, cierra, desconecta, apaga, desenchufa. Nota la brisa; es cálida y fresca. Huele a hojas de palma y de iroco, a tierra roja húmeda; aquí aún no han empezado a perforar buscando petróleo. Hay pocas carreteras, por lo que la gasolina con plomo no ha envenenado el aire. Hay una paloma en la palmera que tienes a la derecha; te mira con sus suaves ojos negros cautos. Un mosquito intenta picarte y tú lo aplastas en tu brazo. Ahora te rascas porque has sido demasiado lenta.

Camina conmigo...

de Nsibidi: el idioma mágico de los espíritus